

EL HOMBRE

HACE Á LA MUGER.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

FRANCISCA NAVARRO.



BARCELONA.
IMPRENTA DE JOAQUIN VERDAGUER,
PLAZUELA DELS PEIXOS Nº. 10.
Con licencia.

1829.

EL HOMBRE

HACE Á LA MUGER.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

FRANCISCA NAVARRO.



BARCELONA.

IMPRENTA DE JOAQUIN VERDAGUER,

PLAZUELA DELS PEIXOS Nº. 10.

Con licencia.

1829.

PERSONAS.

DON CRISTOVAL.
DON ALEJANDRO.
DON ISIDORO.
DOÑA ANTONIA.
DOÑA JOAQUINA.
RAFAELA, Criada.

El Teatro representa una sala bien amueblada,



ACTO PRIMERO.

Rafaela sola.

Raf. Por fin cesó ya la riña. Casi siempre son las disputas á sorbo callado; pero esta mañana ha sido poco menos que á gritos. D. Isidoro es un buen señor; pero sin saberlo está ocasionando mil disgustos: y fortuna que como murió el cuñado se fué á vivir con la hermana, cuando se casó mi amo; que sinó, habria de comer y dormir en esta casa, y seria mucho peor. Por lo que yo veo es menester precaverse antes de casarse; procurar saber el flaco del que solicita ser marido; y si despunta por celoso, echarlo con cajas destempladas. Pues ¿y si está viciado en el juego? No digo nada; tambien es necesario decirle no ha lugar. La hermana de D. Isidoro hizo su fortuna por casarse con un

jugador. ¡Pobre señora! Él era rico; pero ¿que harémos? en cuatro dias jugó y perdió cuanto tenia. Ya se ve, porque no se le pegara este contagio, le prohibió á D. Isidoro su padre saludar á el cuñado. ¡Ya, ya supo bien lo que se hizo el bueno del viejo!

Sale Dª. Joaquina con mantilla y basquiña.

Joaq. Muchacha ¿y tu ama?

Raf. Está en su cuarto; pero mírela V. *(viéndola)* ya sale.

Sale Dª. Antonia.

Ant. A Dios Joaquina. Rafaela ves á lo que tengas que hacer. *(vase Rafaela.)*

Joaq. Querida Antonia, siempre estás del mismo humor; ya se que no te faltan motivos; pero ¿que nuevo disgusto has tenido? Te encuentro mas afligida que otras veces. Ese abatimiento....

Ant. Nace de mi desesperacion. Amiga mia me es imposible soportar por mas tiempo el peso de mi desgracia: sí; no hay sobre la tierra una muger mas infeliz que yo.

Joaq. No te desconsueles amiga. Dime ¿que te ha pasado?

Ant. Ya sabes que mi marido me zela de muerte: que la cosa mas inocente y sencilla la tiene por una astucia, por un ar-

tificio. Nada basta á desimpresionarle; cada vez me oprime mas, y á veces se encadenan unas casualidades... Dª Micaela me habia mandado recado de casa, hace una porcion de dias: ayer me dijo que esta señora le habia preguntado por mí, y le habia dado quejas porque no iba; en fin me mandó que fuese esta mañana; lo hice, y él ha querido enterarse de si yo iba á su casa, ó si con esa escusa me dirigia á otra parte: se ha metido en una tienda enfrente de la misma casa; por desgracia yo equivoqué la puerta y entré en la del lado donde poco rato antes dice habia visto entrar á Isidoro. Considera tu que apariencia esta para un hombre celoso; se marchó enfurecido: yo sin saber nada llamé al primer piso, me dijeron donde vivia la señora que buscaba: salí á la calle, hice mi visita á Dª Micaela, me he venido á casa, y lo encuentro como un tigre; ni siquiera me deja hablar: me ha dicho palabras indecorosas y.... que se yo. Estoi aburrida, desesperada.

Joaq. ¡Válgame Dios! Ese buen hombre, (por no decir otra cosa) ¿porque no se esperó á ver si te quedabas en aquella casa, ó si volvias á salir al instante? Ya que ha

dado en espiarte de tal modo ¿porque no ve las cosas hasta el fin?

Ant. Ese mismo cargo le hice yo; y dijo que no podia contener su furor; que se marchó por no subir á la casa y dar un escándalo.

Joaq. Pero si tantos zelos tiene ¿porque no rompe toda relacion con Isidoro y se quita de vivir con esa zozobra y de hacerte infeliz?

Ant. Ya sabes las obligaciones tan sagradas que le debe. Como su padre fué tutor de Cristoval le dejó encargado que cuidára de Isidoro como de un hermano; ademas es un muchacho de tanto talento y aplicacion, que mi marido puede descuidarse y confiarle todos los asuntos, porque es capaz de desempeñar mucho mas de lo que tiene á su cargo.

Joaq. ¿Que quieres que te diga? Aunque así sea yo no lo aguantára. Esas consideraciones pueden ser funestas para los tres. Tu debes hacer hincapie, y empeñarte en que Isidoro salga cuanto antes de aquí; debes ostigarle á que lo haga: este es el único medio de que consigas la paz.

Aut. ¡Ay querida amiga! La paz y el amor formaron en otro tiempo mi felicidad!

Joaq. Si; pero despues....

Ant. Despues no sé como, ni porque, principió á recelar de mí; perdió aquel agrado, aquella bondad con que me habia tratado hasta entonces y que tanto cautivaba mi corazon. El amor que yo le tenia comenzó tambien á entibiarse; y ya no ocupa en mi pecho el mismo lugar que antes.

Joaq. ¿Que dices?

Ant. Lo que siento. Si amiga mia, el cariño, la ternura de un hombre, es quien engendra en nuestro corazon sensible el amor; la perseverancia en demostrarnos ese mismo cariño tal como lo siente, la confianza de nuestra fidelidad, y el zelo por disminuirnos los pesares de la vida humana, es quien lo arraiga y lo consolida; pero el mal trato, las sospechas injustas, el ceño continuo, la sinrazon ¿que pueden producir sino odio, aborrecimiento? ¡Ay Joaquina! No permita la suerte que pruebes las amarguras de vivir al lado de un hombre zeloso; pues es el mayor de los males que puede tener una muger.

Joaq. Yo creo que sí. ¡Cuantas gracias tengo que dar á Dios en esa parte! Mi marido es tan bueno, que no me da el menor sentimiento; y eso que yo no tengo tu ge-

nio, porque naturalmente soy algo atolondrada; y un hombre de mas malicia y menos esperiencia que Alejandro á cada instante hallaria motivo de zelos; pero él ya sabe que mi fondo es bueno, y está satisfecho y tranquilo: y no te figures que sea un marido (como suelen decir) descuidado; que una vez me ví en ciento de rifa con él; pero yo conozco que tenia razon y no me quejo. Verás lo que me pasó. Despues de un año de casada sin haber tenido jamás un sí, ni un no, dió la casualidad que alojaron enfrente de casa un capitan de caballería que tenia bella persona; empezó á hacerme cocos desde el balcon, y yo no hacia caso al principio; pero despues que se yo que idea me dió de llevarle el agua y hablarle, escucharlo, reirme, (esto de balcon á balcon) y por mi parte sin otro fin que pasar el tiempo: mal hecho por supuesto, porque estos pasatiempos suelen tener muy malas resultas, y las mas veces hacen la desgracia de los matrimonios: en fin mi marido lo conoció y se desentendió para asegurarse de la verdad, que es lo que hace todo hombre sensato: él tuvo el atrevimiento de escribirme por dos veces, y á la se-

gunda porque no me molestára mas, tuve yo la imprudencia de contestarle. ¡ Cuan peligrosa es la pluma para una muger casada! Sus cartas hablàban de amores, y la mia le decia solamente que al salir de misa tenia que hablarle, con el fin de reprenderle porque me habia escrito, y decirle que se guardára bien de volverme á perder el respeto con escritos que ofendian mi decoro; pero nada de esto espresaba la carta; y cualquiera me hubiera tenido por criminal, porque en ella solo se veia una cita. Ademas de la indiscrecion de escribirla, tuve la de descuidarme, y mi marido que me iba á los alcances, la cogió con la última que el Capitan me habia escrito: en el primer ímpetu de su furor creí que me matára; despues mas sosegado, por la carta de él conoció que hasta entonces yo no era culpable; pero aquella cita era la que me perdia. Alejandro no me trataba con espresiones bajas; pero me hacia unos cargos á los que nada le podia responder. En mas de ocho dias no entró en mi cuarto, no comió conmigo, no me queria ver; y cuando yo le buscaba para pedirle perdon y quererle asegurar que mi intencion nunca habia si-

do mala, decia : tu me has hecho infeliz : es preciso que nos separemos. Joaquina, ¡que mal has cumplido con tus deberes! No creí que hubieses sido tan cruel con un esposo que jamás te ha dado un disgusto, que te amaba con toda su alma, y que su principal cuidado era hacerte dichosa; pero lo decia con un tono capaz de enternecer á un corazon de piedra. El convencimiento de que él tenia razon, la privacion de sus cariños, y el verle padecer, avivaban mi pasion sin límites : yo no hacia mas que llorar y pedirle por Dios que me quitára la vida, si me habia de privar de su ternura. Aun me estremezco cuando me acuerdo de lo que sufrí en aquellos dias; es incalculable : á fuerza de lágrimas y persuasiones pude conseguir que se ablandára. El dia que hicimos las pazes fué el mas feliz de mi vida. Solo quien haya esperimentado una cosa así, puede hacerse cargo del esceso de placer que se disfruta. Nos mudamos de casa, y Alejandro nunca me ha vuelto á nombrar semejante asunto; bien que yo he tenido buen cuidado de no darle motivo; y así es que hemos seguido cada dia mas amantes, mas felices.

Ant. Que distinta es tu suerte de...
Joaq. Cristoval viene ¿quieres que me vaya?
Ant. Haz lo que gustes.
Joaq. Mejor será; porque los zelosos sospechan de todo el mundo; nadie está libre de sus cálculos: y puede pensar que te doy instrucciones en perjuicio suyo. A Dios. *(ap.)* Contaré á mi esposo todo lo que pasa, y quizá remedie alguna cosa.

Vase y sale Cristoval.

Crist. Y bien, señora ¿estaba V. en conversacion con su primita?
Ant. Que tiene de malo?
Crist. Nada; pero yo conozco el mundo; sé que las mugeres se malvan: unas con otras se pervierten y se conjuran para hacer á sus pobres maridos ca....cada vez mas desgraciados. Le habrá V. contado lo que ha pasado esta mañana ¡Como es cosa que la favorece á V. tanto..!
Ant. ¡Válgame Dios Cristoval! ¿es posible que creas...?
Crist. No hablemos de eso: tus disculpas me irritan. Porque me vine y no lo ví todo, quieres alucinarme haciéndome creer que no eres culpable? Si me hubiera esperado, habria visto que te estabas un buen rato para salir, y despues me habrias dicho

que Dª Micaela estaba de visita en aquella casa, ó que la dueña de ella te habia hecho descansar porque te vió fatigada de subir la escalera... Las mugeres encuentran salida para todo.

Ant. Cristoval, no te dejes arrebatar por una pasion tan fatal como es la de los zelos. Yo no te engaño; si pudieses ver mi corazon, bien presto se tranquilizaria el tuyo; siempre te he sido fiel: y si la continuacion de los disgustos que me das, ha podido entibiar la llama de mi amor, con que de hoy en adelante fueses mas justo conmigo, mas humano, volveria á toda su actividad. Esposo mio, oye la voz de la razon, no cierres los oidos á mis contínuos lamentos; acuérdate de aquellos dias felices que pasamos al principio de nuestra union; tu solo puedes hacerlos volver.

Crist. Ah! no me los nombres; tus desórdenes: sí, tus desórdenes me los han arrebatado; pero ya que me has sumergido en la desesperacion, no quedarás impune; no tendrás la vanagloria de haberme hecho infeliz sin serlo tu. A fuerza de tratarte como mereces, te haré sentir el peso de tus delitos, y será comun nuestro despecho.

Ant. Cristoval, sosiégate; mi corazon es puro. Adopta el medio que muchas veces te he propuesto, y recobraremos nuestra pasada felicidad; haz que Isidoro salga de casa, que no vuelva jamas á pisar los umbrales de ella; por Dios te lo suplico.

Crist. Es imposible; ademas de otros respetos, á sus cuidados y conocimientos debo el aumento de mis caudales: yo no entiendo palote del comercio, y sin él no sabria manejarme.

Ant. ¿De que nos sirven los aumentos si nos falta la paz del corazon? Créeme, haz lo que te pido.

Crist. Te repito que no puede ser.

Ant. Pues que quieres de mí? ¿Que puedo hacer para tu tranquilidad?

Crist. Que puedes hacer? Que sé yo: pero á lo menos no quiero que te quedes nunca sola con él.

Ant. Bien; pero si viene cuando estén los criados fuera de casa y tu no estás aquí, precisamente le he de abrir la puerta y ha de pasar por esta sala para entrar en el despacho.

Crist. ¿Y justamente los dos han de estar fuera?

Ant. Sabes que Gines casi siempre lo está.

Crist. Se buscan horas para que salga la muchacha, que no sean precisamente aquellas en que venga Isidoro.

Ant. Y si cuando ya está aquí, se ofrece alguna cosa, que tengo de hacer?

Crist. Esperar que yo venga.

Ant. Bien, así será; no te enfades, y por complacerte haré cualquier sacrificio.

Crist. ¿Luego el no quedarte sola con él es un sacrificio para tí? ¡Como te condenas tu misma! ¡como confirmas mis justas sospechas, muger despreciable! No puedes disimular el amor que le tienes.

Ant. ¡Dios mio! Ya me faltan las fuerzas para resistir; esto es demasiado.

Crist. ¡Esclamaciones! Hé aquí el recurso de los delincuentes; de quien nada tiene que responder á los cargos que se le hacen.

Ant. Te equivocas: yo llamé sacrificio á necesitar por precision una cosa, y privarme de ella por no disgustarte, en que la criada salga á buscarla; en hacer un papel ridículo; en que conozca esta misma criada que mi marido desconfia de mí; en que sea mi centinela de vista, bien que esto no será nuevo, pues es regular que la examines á cada instante á ver si ha visto en mí alguna cosa: de modo que si un dia la

riño y quiere vengarse, ya sabe el medio; me mueve un chisme; y como los zelosos se lo creen todo, estoi perdida: en una palabra, he llegado al estremo de ser esclava hasta de mis criados: á no poderlos reprender.

Crist. Ola, ola! ¡Una cosa nueva! ¿Con que temes que la criada hable? Señal que sabe algo; que ha visto... Ya se ve, las criadas siempre están de parte de.... Vamos, no hay duda, mientras yo esté fuera de casa se aprovecharán los instantes para hablar, y para....

Ant. ¡Que dices hombre ciego y alucinado! Cada vez que despego los labios es para infundirte nuevos recelos: ¿me veré tambien en la precision de no poder hacer uso de la lengua? Estoi desesperada, tu me conducirás á un precipicio. *(vase.)*

Crist. Ya se ha marchado llena de furor; pero lo que siente es que yo entienda sus maulas, sus artificios; á otro hombre que fuera mas débil le engañaria: pero no á mí: conozco demasiado á las mugeres: todas son unas, todas.

Sale Alejandro.

Alej. Que tienes Cristoval? Estás inquieto, desazonado.

Crist. Nada tengo, sino... dolor de cabeza. Está uno tan apurado en estos dias... los negocios... *(ap.)* Yo no sé que le diga.

Alej. Me parece que son otros negocios los que te apuran y te quitan el sosiego.

Crist. No te entiendo ¿Acaso han ido á enterarte de todo, y que intercedas...?

Alej. No te enfades hombre. Aun cuando así fuera ¿á quien mejor que á mi podian enterar de cualquier cosa que pasára? ¿No somos una misma familia? Desde que me casé con tu prima ¿has notado en mi, cosa que me haga indigno de tu confianza y de la de tu muger? Responde.

Crist. No; pero son cosas que...

Alej. Que no está demas comunicarlas á un pariente que las vé sin pasion, y que puede aconsejarte lo que mejor le parezca para tu bien. Yo sé que tienes zelos de Isidoro; que teneis un infierno continuo entre tu esposa y tu; sé que los zelos entorpecen el entendimiento; que abultan las cosas y presentan una paja con el grueso de una viga. O yo me equivoco mucho, ó tu muger es virtuosa: créeme, destierra de tí esas manias que seguramente no son otra cosa. Acaso me dirás que recelas por la continua ocasion que tienen de verse,

de hablarse... en tu mano está el quitarla.

Crist. Ya que todo lo sabes, no quiero negarte que es verdad lo que dices. Amigo mio, soy digno de compasion; yo amaba á mi esposa, yo era feliz con ella; tu eres buen testigo; pero ahora soy tan desgraciado... no vivo, ni sosiego, ni sé lo que me pasa.

Alej. Por lo mismo haz de modo que Isidoro no venga, y...

Crist. Como lo impediré? Tu mismo sabes cuan necesario es en mi casa; ademas la intimidad que tenia su padre conmigo; la promesa que le hice poco antes de morir de que su hijo seria mi inseparable amigo, que le trataria como si fuese mi hermano; los muchísimos favores que le debo: él libertó mi vida esponiendo la suya cuando me acometieron aquellos asesinos; todo son obstáculos: la incertidumbre, porque aunque rezelo siempre tengo una pequeña sombra de duda: y si yo hacia una mala pasada á Isidoro y despues me llegaba á cerciorar de que no era culpable, seria para mí un pesar grande. Por otra parte, las inquietudes que padezco me martirizan, y no sé que resuelva. ¡Que terrible lucha Alejandro mio!

Alej. Ciertamente me causas compasion. En tu sinceridad conozco que tu alma es tan bondadosa como siempre, y no desespero de que á fuerza de reflexion y desengaños destierres de tu corazon esos zelos que tanto te perjudican y atormentan. ¿Dime amas á Antonia todavia?

Crist. Cuando la considero culpada la aborrezco, la odio; mas si yo supiera que ella no amaba á Isidoro, que su corazon era mio como antes, la quisiera mas que nunca... pero esto es imposible; cada instante veo cosas que me confirman mas y mas la fatalidad de mi destino.

Alej. No te desesperes Cristoval; sujeta tu genio impetuoso, reflexiona sobre lo que te diré y verás que aun puedes ser feliz. Tu esposa es buena, te lo repito; y si tu sigues con tus manias, pudiera ser que tu mismo la volvieses mala: para manejar á una muger se necesita mas prudencia que rigor: la mia es virtuosa, y en poder de otro hombre quizá no lo hubiera sido tanto; pero yo me glorío de que mi esperiencia, y la maña con que me conduzco hace la felicidad de entrambos; ella es algo viva, su cabeza no es de las mas bien organizadas; y en cuanto lo noté, hice

un particular estudio para librarme del continuo suplicio de los zelos y de las desgracias que traen consigo. Conocí tambien que su corazon era bueno; y me he comportado con ella del modo siguiente: cuando en alguna reunion he notado que se particularizaba con alguno en lo mas mínimo, lejos de incomodarla con reconvenciones, he buscado pretestos para alejarla de allí, procurándole distraccion por otra parte, de un modo que ella no pudiese jamas sospechar cual era la verdadera causa. Siempre la trato con cariño, pero entonces con muchísimo mas; no le privo el desahogo de tratar y visitar á sus amigas, salir con ellas, y...

Crist. Y esas amigas ¿sabes tu donde la acompañarán? y si...

Alej. Esas amigas son buenas, de una conducta irreprensible, y nada tengo que rezelar: sabes lo que consigo con obrar así? Que mi muger me quiera con estremo, y estoy seguro de que algunas veces dirá: « mi marido me dá gusto en todo; no me « martiriza con las rarezas que otros oprimen á sus mugeres; si yo cometiese una « falta no tendria disculpa: no, no, Ale« jandro es digno de todo mi cariño, le

«amo, le soy consecuente; él hace lo mis-
«mo y nada nos queda que desear». Si, Cristoval; el buen comportamiento del marido es un freno para la conducta de la muger.

Crist. Estás muy satisfecho Alejandro, y creo que tu satisfaccion consiste en que tu muger tiene mas maña para engañarte que la mia; ó tu, menos conocimiento que yo para entenderla.

Alej. Aun cuando así fuera ¡dichoso engaño y dichosa ignorancia que me libran de los pesares y amarguras que á ti te rodean!

Crist. Si tu te conformas con eso, yo no quiero pasar por necio, y mas cuando veo..

Alej. Pero que ves?

Crist. Que sé yo lo que veo.

Alej. Yo creo que aciertas en decir que no lo sabes; porque apostaria cualquier cosa á que es así: créeme no molestes á tu esposa; si tienes rezelos observa, que si hubiese algo de realidad, á la corta ó á la larga lo descubrirás; pero guarda el furor y el ceño para entonces, ahora es inútil y aun perjudicial. Vamos ¿me das palabra de hacerlo así? Responde.

Crist. No sé si podré: sin embargo, no me

parece malo ese plan; observar, y despues *infraganti* cuando el caso no admita disculpa sentar bien la mano; pero será imposible poderme contener.

Alej. Prueba, que tal vez lo conseguirás.

Crist. Pues bien, me resuelvo á seguir tu consejo aun á costa del mayor sacrificio.

Alej. No tendrás que arrepentirte.

Crist. Voy á ocultar á mi muger todo mi disgusto, y veremos lo que resulta. A Dios. *(vase.)*

Alej. ¡Quiera la suerte que salga de su error! Es lástima que sea desgraciado; tiene un corazon sensible y á otras buenas cualidades reune la de ser dócil; los zelos lo enfurecen, y le hacen perder su caracter amable. ¡Que funesta, que fatal es esta pasion para los mortales! ¡Cuantas desgracias y estragos ocasiona. ¡Que horror! La Providencia nos libre de semejante demencia.

ACTO SEGUNDO.

Joaquina y Antonia.

Ant. Querida amiga, estoy llena de gozo; te voy á dar una buena noticia.

Joaq. De que?

Ant. Mi marido me ha tratado con mucha dulzura; te aseguro que ha sido en un tono semejante al que usaba en los primeros dias de nuestro casamiento.

Joaq. Y sabes á quien debes esa feliz mudanza? Á Joaquina.

Ant. Como?

Joa. Así que me fuí de aquí le conté á mi marido todo lo que te pasaba, y me prometió reprender á Cristoval, persuadirle á que saliera de su error, y ya veo que no ha sido inútil su celo.

Ant. ¡Cuanto te debo! Si Cristoval vuelve á su natural amable; si abandona sus manias, seré mucho mas feliz que antes. Sin

haber probado primero la desgracia, no se conoce bien el precio de la felicidad. Si vieras con cuanto cariño me dijo: Antonia yo te amo; el extremo de mi amor es el que me hace recelar de todo; pero ya conozco mi injusticia y no te molestaré mas; con todo exijo una cosa de tí: no te quedes jamás sola con Isidoro; si me amas, si aprecias mi tranquilidad es preciso lo evites. Yo le respondí llena de alegria: sí, Cristoval, lo evitaré aunque me hiciera ridícula para todos; yo te lo prometo; tu sosiego es lo que mas me interesa en el mundo, vive seguro de ello. A este tiempo llegó el criado de D. Julian con recado de su amo que fuera inmediatamente, se despidió de mí con mucho agrado y aun no ha vuelto.

Joaq. Yo me alegro muchísimo. Quiera el cielo que le dure la cordura mucho tiempo, porque los celosos son como los locos: suelen tener intervalos y volver despues á su misma manía.

Ant. No lo quiera Dios. Verás lo que he hecho despues. La criada habia salido tambien, de modo que cuando se fué Cristoval, me quedé sola en casa; á poco rato llamó Isidoro á la puerta; y yo le dije: estoi en-

cerrada, dormia la siesta cuando ha salido la muchacha, y por no despertarme se ha llevado la llave, vuelva V. despues. Y estoi deseando que venga Cristoval para contárselo, y que se asegure de que yo deseo complacerle.

Joaq. Él viene ; yo me retiro porque podais hablar con mas franqueza.

Vase Joaquina, y sale Cristoval muy inquieto y con el semblante enfurecido.

Ant. Cristoval, que tienes? parece que estás desazonado.

Crist. Nada.

Ant. Nada? ¿Pues porque...

Crist. Déjame, no me irrites mas.

Ant. Pero ¿no estabas tan contento...

Crist. Así te lo pareció, y has hecho de modo que se acabe pronto mi alegria.

Ant. Yo? ¡Cuando te esperaba con impaciencia para contarte...

Crist. Tus virtudes, tu fidelidad. Sin duda que me querias decir que has pasado la siesta haciéndole al Sr. D. Isidoro elogios de su esposo; es regular que le hayas dicho : mi marido está contento; me cree inocente y tendremos mas libertad para... mejor será mudar de conversacion.

Ant. Pero hombre! ¿que estás ahí diciendo? Cuando yo...

Crist. Cuando tu no has hecho mas que estarte sola con él toda la siesta; despues podia haberse puesto á trabajar; pero te ha parecido mejor que se marche y vuelva luego como si tal cosa... No has caido en que yo le pudiera ver como ha sucedido. Amiga todo no puede salir como se desea, paciencia.

Ant. ¡Válgame Dios! Parece que el demonio lo enreda de modo, que...

Crist. Por supuesto: el demonio es quien lo paga todo; es un pícaro, que pudiera con sus largas uñas, sacar los ojos á todos los maridos para complacer á sus mugeres, y no lo hace.

Ant. Yo me desespero. Cristoval escuchame.

Crist. Te escucharé. ¿Y que podrás decirme?

Ant. Que estás equivocado. Isidoro llamó á la puerta, y yo no le abrí: le dije que dormia cuando se marchó la criada, y que esta por no despertarme se habia llevado la llave.

Crist. Pues señor, la ocurrencia es felicísima, y no hay duda que te sacaria del apuro si yo conociera menos vuestras

maulas; pero amiga, no entra.

Ant. Con que piensas que te engaño?

Crist. Lo pienso, lo creo, y es así: el que se halla culpado es muy natural que se disculpe.

Ant. Vamos, esto ya no se puede sufrir: te repito que no le he abierto la puerta por complacerte en no estar sola con él; si no lo quieres creer, no lo creas; yo no sé ya que hacer ni que decir; con tus manías darás lugar á que te aborrezca.

Crist. A que me aborrezcas?

Ant. Sí, á que te aborrezca. La naturaleza nos inclina á amar á quien nos hace bien, y á odiar á quien nos hace mal: es imposible poder perseverar amando á un hombre que á todas horas no hace mas que apurar mi paciencia, tratarme mal, desconfiar de mi, insultarme y tenerme en un concepto muy despreciable.

Crist. ¡Que humildad! ¡que...

Ant. Que se humille quien tenga porque callar; yo no me hallo en ese caso: la muger que cumple con su deber puede hablar sin temor, y defenderse cuando un marido inconsiderado la ostiga sin razon: la que no lo hace es una pusilánime que por su poco espíritu se hace mas gravoso

su destino: he sido dócil, sufrida; y tu has abusado de mi tolerancia: me oprimes mas y mas cada dia, yo no te falto en nada, y no quiero ni debo ser víctima de tus injustas sospechas y de tu indiscrecion. Atropella por todos los respetos, y haz que ese hombre no ponga los pies en esta casa: si no lo haces deja de atormentarme con tus demencias; de lo contrario llegará este asunto á tener resultas muy desagradables. *(vase.)*

Queda Cristoval pensativo y muy triste.

Crist. Estoi sorprendido del tono con que me ha contestado Antonia: el furor la enagena, y en su semblante está pintado el despecho y la desesperacion. Tambien pudiera ser verdad lo que dice ¡Que fatal incertidumbre! Si estaré yo haciéndola desgraciada injustamente? Pero ¡ tantas pruebas!... pruebas... ¡donde están! solo tengo indicios que pueden ser ciertos y pueden engañarme. Si yo pudiese descubrir.... ¡que infeliz soy! Pero Isidoro viene. Yo no sé en que consiste; él es la causa de mis inquietudes y no puedo vencerme á aborrecerlo.

Sale Isidoro.

Isid. Cristoval?

Crist. A Dios. Parece que vienes temprano?

Isid. He venido otra vez; pero me dijo tu muger desde dentro que estaba encerrada, y me volví. Me se figura que estás triste. ¿Que tienes Cristoval?

Crist. Nada.

Isid. Tu me engañas; ese semblante manifiesta que el interior no está tranquilo; eres ingrato; amigo yo no creí que tuvieses secretos para Isidoro, para el que te ama como hermano y te respeta como padre.

Crist. ap. ¡Hay hombre mas infeliz que yo! Déjame amigo: es verdad, estoi un poco disgustado; pero.... déjame.... déjame....

Isid. No Cristoval, yo no me separo de tí sin que me digas la causa de tu amargura; tus ojos, tu rostro, todo manifiesta que te aflige un pesar muy grande; la amistad me autoriza para exigir de tí que me confies tus penas. Yo te amo Cristoval; sí, te amo; yo espuse mi vida por salvar la tuya, y la espondré siempre que te vea en algun peligro; habla ¿que tienes? ¿Es de tal naturaleza tu afliccion que no te puede dar consuelo la ternura de un verdadero amigo? Tu derramas lágrimas y nada me respondes. ¡Cuanto debe su-

frir en este instante tu corazon!

Crist. ap. Yo no sé.... es imposible que una alma tan buena sea capaz de.... no, no puede ser. *(á Isid.)* Tranquilízate amigo, no tengo mas que una desazon.... cierta ocurrencia desagradable.... despues te enteraré de todo.

Isid. Y porque no lo has de hacer ahora? Dime ¿tienes algun enemigo? ¿has reñido con alguien? Responde.

Crist. No hombre, con nadie he reñido.

Isid. Pues que tienes?

Crist. No me atormentes mas; déjame, nada me preguntes.

Isid. Te obedeceré; pero sabe que me das un sentimiento; quizá no te merezco la confianza que antes, cuando me ocultas la causa de tus penas; en verdad que no haria yo otro tanto contigo.

Crist. Déjame, te repito: no estoy para nada; ya lo sabrás todo despues.

Isid. No quiero molestarte mas. A Dios. Me voy á despachar el correo que despues he de salir.

Crist. A Dios... Isidoro, espera.

Isid. Que quieres?

Crist. Nada, amigo mio, nada.

Isid. ¡Ah! sin duda me querias descubrir el

secreto que oprime tu corazon. Hazlo Cristoval.

Crist. ¡Ay! No: jamas.

Isid. ¿Te obstinas en callar?

Crist. Compadéceme amigo mio: soy infeliz; nada mas te diré.

Isid. ¡Que tenacidad! Considera....

Crist. No amigo, á Dios, á Dios; no me aborrezcas. *(le abraza y vase.)*

Isid. ¡Que misterio se encierra en sus palabras! No me aborrezcas, me ha dicho ¿y porque le he de aborrecer? ¿en que me ha agraviado?

Sale Dª. Joaquina.

Joaq. ¡Que solito y pensativo está el Sr. D. Isidoro!

Isid. Solo estaba. Pensativo....

Joaq. Solo estaba V. ¿y ahora?

Isid. Ahora estoi en la compañía de una señorita amable.

Joaq. ¿Ha visto V. á mi prima?

Isid. No señora. Acabo de llegar, y no he visto mas que á Cristoval, y lo estraño, porque por lo regular siempre hace labor en esta pieza.

Joaq. Estará por allá dentro.

Isid. Esta mañana la ví tan triste; bien que ya hace una porcion de tiempo que lo es-

tá; pero hoy me ha parecido mas afligida que otros dias.

Joaq. Es genio suyo.

Isid. Sin embargo, yo me acuerdo haberla visto mas tranquila, mas contenta; á mi se me figura que sufre mucho su interior; pero no adivino la causa.

Joaq. El motivo yo tampoco lo sé; pero creo que si su marido tuviese mas juicio estaria ella mas alegre.

Isid. ¿Como? ¿Que la trata mal Cristoval?

Joaq. No; lo que es tratarla mal... Mudemos de conversacion amigo; porque creo que la causa cesará desde hoy, segun tengo noticias; y entonces veremos á mi primita mas placentera: es la misma bondad. ¡Lástima que su marido no conozca el tesoro que está depositado en sus manos!

Isid. Pero ya que V. sabe cuales son sus penas ¿me las puede V. decir?

Joaq. ¿Esas tenemos? ¿Con que ya no somos las mugeres solamente las curiosas, que los señores hombres tambien tienen esta debilidad?

Isid. V. disimule; pero yo lo preguntaba...

Joaq. Por saberlo y nada mas.

Isid. Es que tambien Cristoval está triste: ahora mismo lo he visto verter lágrimas.

Joaq. Las del cocodrilo. ¡Quien lo creyera..! ¡Pobre Antonia! Mire V. es mi primo; pero desde que ha dado en la flaqueza que tanto se ha apoderado de él, le odio: una muger como yo necesitaba; le aseguro que esas lágrimas las derramaria con razon. Mi marido es un angel; jamás me ha dado el menor sentimiento por ningun estilo, ni ha mirado á otra muger con interés, ni me ha dado los disgustos que algunos hombres dan á sus mugeres; pero si lo hubiera hecho, no seria yo la que soy para él. ¿No hay mas que hacer á una muger infeliz impunemente? Vaya, vaya, yo me quemo.

Isid. Por mas que V. me diga curioso, yo desearia saber que hace Cristoval?

Joaq. No amigo mio; por ahora nada le diré á V., verémos si se corrige; y sino puede que llegue el caso de que V. lo sepa. Yo me voy á ver si está Antonia en su cuarto. Con el permiso de V.: hasta despues D. Isidoro.

Isid. A los pies de V. señora. *(vase Joaquina.)* Pues señor, á Dª. Joaquinita le sucede lo que á todas las mugeres, que nada quieren decir, y lo dicen todo. ¡Qué descubrimiento! Mi amigo olvida á su pre-

ciosa muger ; la mira con indiferencia, y se distrae con otra. ¡Válgame Dios! ¡Lo que pueden las pasiones en nuestro corazon! Cristoval tiene buenos sentimientos, conocerá que hace mal y no puede vencerse; por eso está tan angustiado, no ha querido descubrirme su pesar; razon tiene para callarlo. ¡Infeliz! No quiero yo encontrarme en su lugar: pero creo que si lo estuviera me portaria de otro modo: muchos atractivos necesita tener una muger para aventajarse á Dª. Antonia; su melancolía le da cierto realce.... ¡Lástima de señora! No, no merece ser desgraciada. Ya que por una casualidad he sabido que Cristoval se separa de la senda del deber, le reconvendré haciéndole presente lo culpable que es en poner los ojos en otra muger, siendo la suya tan bella y tan virtuosa. Voy á buscarle.... pero no, seria darle mas pena; ahora está muy afligido: mañana le hablaré del particular.

Saca el relox, lo mira y dice:
Son las cuatro y media: he de escribir, y tengo que marcharme en cuanto acabe.

(Entra en el despacho.)

Sale Rafaela.

Raf. ¿Qué diablos habrá pasado esta siesta? Desde allá fuera he oido que reñian mis amos; pero no he podido enterarme de que. ¿Será por zelos? Esta mañana han reñido tambien: por fin hicieron las pazes antes de comer; pero no han durado mucho. Si yo fuera una muger de mala intencion podia hacer mucho daño á mi señora; porque... ¡ay que viene D. Cristoval! ¡Que cara tan triste!

Sale Cristoval.

Crist. ¿Qué haces tu aquí?

Raf. Acabo de arreglar la cocina, y voy á ver si la señora me necesita.

(*Despues de registrar la escena dice á media voz.*)

Crist. Oye Rafaela. ¿Has oido si tu ama le ha dicho á D. Isidoro que yo tenia que salir esta siesta?

Raf. No señor.

Crist. ap. Como está mi cabeza! ¡Si ella no sabía que yo tuviese que salir hasta el punto en que vino el criado á buscarme, como podia decírselo! *(á ella.)* ¿Y cuando yo salgo has oido alguna vez si hablan en secreto, si se guardan de tí, si se hacen señas...?

Raf. No señor. Por lo regular yo me estoi aquí haciendo calceta.
Crist. Tu tal vez no me querrás decir lo que sepas; pero si es eso, pobre de tí.
Raf. Yo le aseguro á V. que nada he visto.
Crist. Cuidado que á nadie digas que yo te hago estas preguntas.
Raf. No señor. Nadie lo sabrá; pierda V. cuidado.

Sale Alejandro.

Alej. Ha venido Joaquina?
Crist. No la he visto.

Alejandro se asoma al cuarto de Antonia.

Alej. Está en el cuarto de tu muger. Toma muchacha; dale á mi esposa esta llave que es la de su cuarto: se la ha dejado puesta, sin duda por descuido, pues no lo acostumbra hacer.
(Le da la llave y se entra Rafaela al cuarto de su ama.)
Que tienes? parece que estás pensativo. ¿Hay alguna cosa nueva?
Crist. Estoi de mal humor.
Alej. Vente conmigo, iremos á dar un paseo: necesitas antes que todo, distraccion. Vamos, vamos.
Crist. Se irá tu muger?
Alej. No hombre: hará compañía á la tuya

hasta que yo vuelva á buscarla; pero si esto no te basta, que se vengan con nosotros.

Cris. No es necesario.

Alej. Pues bien, vámonos.

Crist. ¿Sabía Antonia que habia de venir tu muger esta tarde á estarse aquí?

Alej. No sabía nada. Yo he dicho á tu prima que viniera, cuando estábamos comiendo. ¿Mas porque me lo preguntas? ¿Temes que tu muger corra peligro con la mia? Vamos hombre, ten juicio. Te miro muy inquieto. ¿ Serán infructuosos mis consejos? ¿Te se habrá antojado alguna necedad? ¡Válgame Dios Cristoval! ¿No conseguiré yo tranquilizar tu espíritu?

Crist. ¡Ay amigo! ¡Cuanto padezco! ¡Que dudas tan crueles! Vámonos, que por el camino te diré lo que me ha pasado, y veremos que opinas. Está mi imaginacion muy ofuscada.

Alej. Así lo creo.

Crist. ap. ¿Y si mientras yo estoi en paseo se separa de mi prima, y.... por otra parte Joaquina es aturdida, puede aconsejarle mal....

Alej. ¿Que estás pensando?

Crist. Nada: vamos. *(ap.)* Isidoro me ha

dicho que tiene que salir : ¿ si será cierto , ó si me habrán engañado ? ¿ Si Alejandro me querrá alejar de aquí por dar tiempo.. ¡ Indigna sospecha !

Alej. ap. ¡ Que distraido está ¡ que habrá habido !

Crist. Vámonos.

Vanse y sale Rafaela.

Raf. Ya se han ido. Voy á ponerme á trabajar pues la señora no me necesita.

(*Se sienta y toma la media que estará sobre una mesa , y sale Isidoro con dos cartas en la mano.*)

Isid. Muchacha ¿ y tu señora ?

Raf. Ahí está en su cuarto y tambien Dª Joaquina.

Isid. Y tu amo ?

Raf. Se ha marchado con D. Alejandro.

Isid. Entraré á despedirme ; pero no que tal vez será incomodarlas. A Dios Rafaela ; hasta mañana.

Raf. ¿ Que no vuelve V. esta tarde ?

Isid. No.

Raf. Pues barreré el despacho , supuesto que el amo está fuera , y V. tambien se vá.

Isid. Haz lo que quieras. A Dios. (*vase.*)

Raf. Voy antes que sea mas tarde á dejar

como un oro las papeleras; están llenas de polvo; hace lo menos seis dias que no las he limpiado. Vamos allá. (*Se entra por el foro y sale al instante con una escoba y entra al despacho.*)

Salen Antonia y Joaquina.

Joaq. No se ve nadie. Se habrán ido. Alejandro me dijo que se lo queria llevar á distraerlo. Tu no seas majadera: ten caracter: dile claro que si no dispone que Isidoro se marche, te vas á separar de él: es una injusticia el que te haga padecer de ese modo, despues de haberte prometido que no te molestaria. Habiendo tu hecho un papel ridículo con decir que te habian encerrado, y todo por darle gusto; aun te ultraja y se atreve á formar de tí unas sospechas que tan poco te favorecen.... Vamos, no lo debes sufrir. A fe que si á la primera vez que te maltrató, hubieras tenido firmeza para defenderte, no habria llegado á tanto la cosa.

Ant. El amor es el que siempre me ha hecho tolerar, con la esperanza de que alguna vez conozca mi inocencia y su sinrazon.

Joaq. Pues ya lo ves; lejos de llegar ese caso, cada dia se entorpece mas su entendi-

miento, y te considera mas criminal. Te lo repito; si no tomas mi consejo, eres perdida.

Ant. Si, Joaquina; ya estoi resuelta á no arredrarme: veremos si me podré vencer. ¡Si supieras como tengo la cabeza! ¡Que trastornada!

Joaq. Podemos bajar un rato al jardin; quizá tomando el fresco te aliviarás.

Ant. No dices mal, vamos. *(vanse.)*

A poco sale Rafaela con una cartera en la mano.

Raf. Que cosa tan bonita! Se la entregaré á la señora, paraque se la dé á el amo cuando vuelva. *(Se asoma al cuarto.)* No están aquí ¡vaya! ¡Parece esto el juego de los desaparecidos! ¿Donde se habrán marchado? Yo, ya he concluido mi tarea: me aprovecharé de este rato para disfrutar del tocador de mi señora. Cuando yo sea rica, este es el primer mueble que procuraré adquirir: lo tengo de comprar de cuerpo entero. *(Se entra en el cuarto, y á poco sale con una peineta de piedras.)* ¡Que hermosa es esta peineta! ¡Cuanto me alegraria ir vestida como las Señoras! Con media docena de bucles y esta peineta tendria yo muy buena cabeza.

Me volveré á mirar al espejo. ¡Que bien que me sienta!

(Se entra y al lado opuesto se oye un gran ruido. Sale azorada, y se entra por donde lo ha oido.)

Raf. ¡Que será, Dios mio! *(entrase.)* ¡Habrá maldito gato! *(vuelve á salir.)* ¡Que susto me ha dado! Ha dejado caer una olla de hoja de lata con su tapadera desde la leja, y parecia que se habian roto dos docenas de platos, segun el ruido. La fortuna que tiene es que se ha escapado, porque si le llego á coger, le doy un trancazo que le rompo la cabeza.

Salen Antonia y Joaquina.

Joaq. Rafaela; vé á casa, y di á Gertrudis que busque á la modista, y le diga: que el vestido lo he de tener para mañana á las diez sin falta.

Ant. Y ahora no hagas lo que siempre; ponerte en conversacion y tardar dos horas.

Raf. ap. Así encontrára al paso á mi Andresillo. Voy corriendo, señora. Voy corriendo. *(vase.)*

Joaq. Lo mismo es la mia. Nunca está mas contenta que cuando la mandan salir á la calle.

Ant. Son todas lo mismo, poco mas ó menos.

Sale Isidoro.

Isid. A los pies de Vs., señoras.

Joaq. Creíamos que estaba V. en el despacho.

Isid. No señora. Hemos ido á recibir á un amigo; pero ha llegado hora y media antes de lo que pensábamos; de modo que al salir nosotros por la puerta de la ciudad, entraba él: y así es que hemos hecho mas pronto la diligencia. Y no hacia ánimo de volver por aquí esta tarde; pero eché menos la cartera que contiene cosas de interés, y sentiria no encontrarla: y así con el permiso de V. voy á ver si me la he dejado aquí dentro; porque me acuerdo que la saqué para contestar á una carta. (*Entra en el despacho.*)

Joaq. Sentémonos aquí. La vista que tiene este balcon al campo me gusta mucho.

Ant. Efectivamente, es muy agradable. Yo me estoi casi siempre en esta habitacion, porque es la mas clara y cómoda de toda la casa.

Joaq. Si, si: esto es lo mejor. Tu cuarto es tan triste que....

Sale Isidoro.

Isid. No la hallo. Rafaela ha barrido, ¿ donde está, que le preguntaré si por casualidad la ha visto?

Joaq. Ha ido á casa.

Isid. Pues voy á ver si la encuentro.

Joaq. Quizá no tardará.

Isid. Yo estoi impaciente; voy á buscarla.

Ant. Ginés está abajo; mándele V. que vaya.

Isid. No, no. Si yo iré. Señoritas, á los pies de Vs. (*vase.*)

Joaq. Vaya V. en hora buena. Muger, me ha ocurrido una idea.

Ant. Cual es?

Joaq. Si tu marido habrá tomado la cartera de Isidoro por ver si encuentra algun escrito tuyo.

Ant. ¿A tanto habia de llegar su atrevimiento?

Joaq. Un hombre con zelos es capaz de todo.

Ant. Si, pero ¿como puede presumir que yo escriba á quien me vé y me habla todos los dias?

Joaq. ¿Y acaso piensas tu que su cabeza estará en disposicion de reflecciónar? No lo creas: los zelosos pocas vezes saben lo que se hacen.

Ant. Veremos si viene de mejor humor.

Joaq. Alejandro hará todo lo posible por desimpresionarle: nada tendrá de particular que se sosiegue; la dificultad es que le dure: ya has visto lo que ha pasado hoy.

Ant. No sé cuando terminarán mis males; ya era tiempo de que cesáran.

Joaq. Hasta que hagas lo que te he dicho, no lo esperes: á lo menos esta es mi opinion. (*mira hácia la derecha.*) Ya viene; me parece que no trae muy buena cara: yo me voy porque me quemo de verle tan cabizbajo; y no sé si me podria contener sin decirle cuatro cosas.

Salen Cristoval y Alejandro.

Ola! ¿parece que habeis dado pronto la vuelta?

Alej. Este no tenia muchas ganas de andar.

Joaq. Pues nos iremos á casa, si te parece.

Alej. Como tu quieras.

Joaq. A Dios querida prima, hasta mañana.

Ant. A Dios.

Alej. Cristoval, mañana nos veremos.

Crist. Bien está; andar con Dios. (*vanse.*)

Ant. Por donde habeis paseado?

Crist. No sé.

Ant. Aun te dura el mal humor?

Crist. Déjame.

Ant. Válgame Dios! ¡Que suerte la mia! (*vase á su cuarto.*)

Crist. Lo mismo que me estaba temiendo ha resultado. Isidoro me engañó; y no ha salido de aquí hasta la hora que ha cono-

cido que yo podia venir. ¡Con que precipitacion le he visto atravesar la calle! Alejandro no lo ha reparado, ni yo he querido decirle nada, porque no empezára á molestarme con nuevas reflecciones; bastante me ha predicado durante el paseo, y ya empezaba á tranquilizarme cuando he visto salir de aquí á ese monstruo, y... Voy á preguntar á mi muger la causa de no haberse ido Isidoro hasta ahora. Veremos lo que contesta.

Se entra en el cuarto de Antonia y á poco sale con ella.

Dentro Crist. ¿Que es eso que ocultas de mi vista?

Ant. Nada.

Crist. Como nada? Yo he de verlo á pesar tuyo.

Sale con la cartera en la mano y Antonia detrás.

Crist. ¡¡Su cartera!! Huye de mi presencia, muger despreciable, si no quieres ser víctima de mi furor. El me ha dicho que se iba; y se ha estado aquí toda la tarde: su cartera estaba sobre la mesa de tu cuarto, y tu la ocultabas trémula cuando me has visto entrar ¿Que mas pruebas? ¿Que mas confirmacion de mis sospechas? Mi prima,

su marido, todos me engañan, todos procuran deslumbrarme; pero no lo conseguirán.

Ant. Escúchame y...

Crist. Huye de mi vista, insensata; no me provoques mas: huye te repito.

Antonia se entra en su cuarto horrorizada de la estremada cólera que su marido demuestra en sus miradas y en sus espresiones.

¡¡Que desesperacion!! Estoi fuera de mi. Es preciso sosegarme, y ver si se encierra en esta cartera alguna nueva prueba de mi deshonor.

Saca todos los papeles y los registra.

No hallo nada; pero ¿que necesidad de mas pruebas? ¿no tengo suficientes?

Sale Rafaela.

Crist. De donde vienes?

Raf. De casa de D. Alejandro.

Crist. A que has ido?

Raf. Ya se lo diré á V. despues, que D. Isidoro me espera abajo á la puerta hablando con un amigo suyo.

Se va Rafaela hácia el cuarto de su ama y Cristoval le detiene.

Crist. Donde vas?

Raf. A tomar la cartera de D. Isidoro que está encima de la mesa del tocador de la señora.

Crist. ¿Y quien la ha puesto allí?

Raf. Yo: que como V. se ha ido y él tambien, he barrido el despacho, y me la encontré sobre un bufete.

Crist. ¿Pero quien la ha llevado al cuarto de tu ama? Esplícame cuanto ha pasado.

Raf. No le he dicho á V. que yo. Creí que era de V. y se la iba á entregar á la señora; pero se habia bajado al jardin con Dª. Joaquina, y yo la dejé sobre la mesa: despues me distraje y no me he vuelto á acordar hasta ahora que D. Isidoro la echó menos: ha venido aquí y no encontrándola, ha preguntado por mí: le han dicho donde estaba yo, y me ha ido á buscar para saber si la he visto; le he dicho que sí, y ahora se está esperando en la puerta que la baje.

Crist. ¿Y porque no ha subido él contigo?

Raf. Porque ha encontrado un amigo y se han puesto á hablar. Ya se lo he dicho á V.

Crist. Tienes razon, no me acordaba: toma, dale la cartera. (*se la dá.*)

Raf. ap. Él la tiene. Esto es que viéndola

en el cuarto de mi ama, ha pensado mal: por eso me ha hecho que se lo esplique todo. Vamos, estos hombres merecian morir del mal que temen. (*vase.*)

Cristoval que habrá estado pensativo y distraido durante el aparte de la criada, dirá:

Crist. ¿Si será cierto lo que dice? Quizá sea una estratagema para desmentir la evidencia del hecho. Los criados están de parte de mi muger; jamás me dicen nada en contra suya. Sin embargo ahora no ha podido Antonia avisarla. Tambien puede ser una mentira de la criada por salvar á su señora. ¡Que cruel incertidumbre! Mi muger ocultaba temblando la cartera, esto prueba que se hallaba culpada. Isidoro quebranta las sagradas leyes de la amistad.... y yo derramaré su sangre. ¡Yo! Desgraciado! Su padre me dijo moribundo: «hijo mio, yo te he servido de padre, sirve tu de hermano á mi hijo; no le desampares jamas; no le abandones: cumple hijo mio esta peticion así como he cumplido la de tu padre». Isidoro defendió mi vida esponiendo la suya.... ¡Válgame Dios! ¡Que cruel alternativa! ¡Que terrible es mi situacion!

ACTO TERCERO.

Cristoval solo.

Crist. Todo lo he dispuesto de modo que es preciso consiga el fin que me propongo. Mi esposa duerme; la criada ha ido á la parte opuesta de la ciudad á entregar un papel, que aunque no me corria mucha prisa, me ha servido de pretesto para alejarla de aquí y que no pueda observarme: ella me ha visto montar á caballo y marchar: se ha llevado la llave de la puerta. Es imposible que se sospeche. He mandado á Ginés que se lleve el caballo á la quinta, y disponga comida para dos amigos y yo, que llegaremos despues en un carruage. Con este engaño estará bien lejos de pensar que yo me he venido á casa. Y ademas no puede ser que me desobedezca y se vuelva. Cuatro meses ha que hice perdidiza la llave de la puerta

falsa evitando así que nadie pueda usar de ella ; y no presumirán que yo la tengo. Ninguno me ha visto entrar. Este escritorio lo dejo cerrado siempre que salgo ; tampoco estrañarán que lo esté ahora. Esta es la puerta del despacho donde trabaja Isidoro y ha de pasar por aquí. Antonia se pone á hacer labor cerca de este balcon : oiré cuanto hablen ; cerraré la ventana del escritorio para que nada pueda ver de fuera, y yo por el ojo de la llave los observaré, y estoy resuelto á no salir de mi encierro en todo el dia si antes no descubro lo que tanto anhelo; y.... oigo ruido ; es que mi muger abre su cuarto; no perdamos tiempo. *(Se entra en el escritorio y cierra.)*

Dentro Antonia por la parte opuesta.

Ant. Muchacha... ¿ Donde estás ?... Rafaela. Rafaela. *(sale.)* No la encuentro por toda la casa : habrá salido : es regular que no tarde. Voy á ver si duerme todavia Cristoval.

Entra por el foro á la izquierda y vuelve á salir.

Ya se ha levantado. ¡ Que temprano !

Se asoma al despacho y despues toca la puerta del escritorio.

Tambien se ha marchado. ¿Quien sabe donde habrá ido? Su cabeza está trastornada, y la mia lo está mas. Con sus iujustas sospechas me hace infeliz, y él lo es tanto como yo ¡Que disgusto me dió anoche! ¡Ah! ¡Si supiera cuanto pierde en mi cariño con lo que me atormenta, no lo haria. Cuando empezó á dudar de mi fe, le amaba mas que á mi propia vida. Sus sinrazones han entibiado mi amor, y... ¡Dios mio! El que fue toda mi delicia; aquel sin cuya presencia me era odioso cuanto me rodeaba; aquel por quien hubiera perdido mil vidas que tuviera; es ahora el autor de mis pesares, el que me convierte las horas que antes eran de placer, en amarguras: en desesperacion ¡Ah! No es posible que yo ame del mismo modo á mi tirano, que adoraba à mi amante: aquel que formaba mi felicidad. ¡Hasta que punto entorpecen los zelos el entendimiento del hombre! Oigo una llave: será él ó alguno de los criados.

Se asoma al bastidor y despues sale Rafaela.

Es Rafaela, ella me dirá donde se ha ido su amo, si acaso lo sabe.

Raf. Buenos dias, señora. ¿Ha descansado V?

Ant. No mucho. ¿De donde vienes?

Raf. De llevar una carta á D. Leopoldo; el amo me lo mandó, y yo he ido y vuelto corriendo por si V. se despertaba; pues como él se ha marchado al campo con Ginés, tuve que llevarme la llave de la puerta.

Ant. Se ha ido al campo!

Raf. Si señora.

Ant. ¿Y no podias haber llevado despues la carta?

Raf. Me dijo que habia de ser en el instante porque D. Leopoldo ha de hacer una diligencia esta misma mañana, que interesa mucho á el amo.

Ant. Está bien. Vete á tus que haceres.

Raf. Iré primero por leche para V.

Ant. No: tomaré chocolate.

Raf. Pues bien: si V. no se desayuna todavia, iré á la plaza.

Ant. No: despues irás, cuando venga Dª Joaquina; no quiero quedarme sola.

Raf. ap. El caso es que Andresillo me espera todas las mañanas *(á ella.)* Si quiere V. iré á llamar á Dª Joaquina.

Ant. No muger, que ella vendrá: ya te he dicho que no quiero estar sola.

Raf. ap. Pues yo no me quedo sin verle;

pero aun es temprano. Voy á enterarla primero de la comision que tengo del amo, y de lo que pasa con Ginés, que así me tendrá mas consideracion y disimulará si le falto en algo. (*á ella.*) Pues bien, si supiera no molestar á V., ahora que tengo ocasion le contaria una cosa para su gobierno. Hace algunos dias que tengo ganas de hacerlo; pero por miedo del amo no lo he verificado.

Ant. Por miedo del amo!

Raf. Si señora; porque como está zeloso, de todo piensa mal; y si me cogia hablando en secreto con V. era capaz de figurarse que estábamos de acuerdo para engañarle: ademas si me espiaba y oía lo que quiero contar á V. me despedia en el momento.

Ant. Rafaela, habla con mas respeto de tu amo, que estoi yo presente. ¿Quien te ha dicho que mi marido está zeloso?

Raf. Quien no puede engañarme: él mismo.

Ant. Eso habrá sido una broma.

Raf. ¡Si, no es mala broma! Siempre me está preguntando que si V. habla con Don Isidoro; que si entiendo la conversacion que Vs. tienen; que si cuando están solos conmigo me hacen salir de esta habitacion

con algun pretesto, y otras mil preguntas que todas indican que tiene zelos. Y sino mire V. lo que pasó ayer tarde con la cartera ¡con qué inquietud me preguntaba que quien la habia llevado al cuarto de V! yo le dije la verdad, y si hubiera pensado que era de D. Isidoro, no la habria tocado de donde la encontré: pero yo no caí en que los dos escriben en una misma mesa y lo mismo podia ser de uno que de otro. Pero vamos al asunto: lo que yo le quiero á V. decir es que no se fie de Ginés, porque es un pícaro: ya se vé: es verdad, que el amo tiene la culpa, porque le hará preguntas acerca de V. como me las hace á mí; y él conoce lo demente que está D. Cristoval con esas cosas, y trata de aprovecharse si se le presenta ocasion.

Ant. Esplicate.

Raf. La otra noche vino D. Nicolas: con su criado, aquel bribonzuelo de Mariano, se sentó en el comedor y á poco entró Ginés: se pusieron á hablar; y yo que estaba acabando de disponer la cena, oí nombrar á V., y llamada de la curiosidad, dejo lo que estaba haciendo, doy la vuelta por el cor-

redor, y me pongo á escuchar lo que hablaban. Ginés estaba un poco bebido. Mariano decia: hoy ha estado en poco que mi amo no me despida por las rarezas de la señora, que ademas de estarme siempre riñendo sin razon, despues le llena al amo la cabeza de viento. Ginés le respondió: pues la mia no tiene ese genio, y si lo tuviera ¡pobre de ella! ¿Como? le interrumpió Mariano. Como en esta casa no manda la señora, ni el amo la creeria aunque quisiera acusar á un criado: á ella si que la puedo yo perder cuando quiera, y hacer que mi amo la maltrate: la fortuna que tiene es que en nada me incomoda, que si lo hiciese se acordaria de mí. Mariano le dijo: hombre es estraño que tengas tanto ascendiente sobre tu señor. ¡No quieres que lo tenga, replicó el tunante; si el amo no tiene confianza en su muger, y me encarga que la cele! Mira si yo quisiera decir que habia visto alguna cosa, si dejaria de ser creido. Te lo repito, si algun dia me regañase, se acordaria de mi. Es verdad que estando dentro de la casa el sugeto de quien mi amo sospecha, yo no he visto nada: pero eso no importa para

que me creyese. Mariano sonriéndose dijo: Vaya, vaya, ¿Con que tu amo tiene zelos de su señora? Que la ponga en un escaparate. ¡ Lástima es que no la guarde! ¡ Como es tan hermosa! A esto añadió algunas espresiones indecentes que yo no las pronunciaré jamás.

Ant. ¡Que humillaciones! ¡Que escándalo!

Raf. D. Nicolas llamó á su criado para marcharse y yo me volví á la cocina. A las tres ó cuatro noches de haber sucedido csto, volvió á venir este tunantuelo con su amo; entabló conversacion con Ginés en el mismo sitio; yo fuí tambien á escuchar y oí que Mariano dijo: chico ¿sabes que le conté á mi amo aquello de los zelos del tuyo; y entre él y otro caballero muy vivaracho que viene allí de visita han formado el proyecto de cortejar á tu señora? Ginés que estaba en su cabal juicio, y no del modo que cuando lo contó, le respondió: ¿ estás loco? No te lo dije paraque lo divulgáras. ¿ Que necesidad tenias de que tu amo lo supiera? La misma que tu tuviste de que yo me enterára, le respondió Mariano. Si tu que tienes un interés en callarlo, porque si tu

señor sabe que lo has dicho, puede despedirte, y porque tienes obligacion de no descubrir las faltas de los que te dan el pan, no lo hiciste ¿como quieres que lo haga yo? Tu obraste mal en desacreditar á tu amo, y nada tienes que reprenderme á mí que no he hecho mas que proporcionar al mio un rato divertido. Si vieras como se reía cuando se lo contó á su amigo. El otro señor le respondió: no perdamos esta ocasion; discurre un medio para introducirme en casa de ese pobre diablo con cualquier pretesto: el asunto es entrar en la casa; que despues yo respondo del buen éxito de la empresa: porque cuando el marido desconfia, una de dos, ó ella es débil, ó él se cree ofendido: si lo primero victoria segura; y si lo segundo no hay conquista mas fácil que la de una muger oprimida, ostigada por un zeloso, sufriendo mil dicterios, insultos, privaciones y todo aquello que es inseparable de los zelos. Entonces su amor propio ajado injustamente, medita la venganza; y si aprovechando tan feliz coyuntura se presenta un amante rendido ¿como resistirá á su ternura? ¿La contendrá acaso el ver que va á ofender á su marido? De

ningun modo. Cediendo al deseo de vengarse, este será el primer motivo para que se decida en favor del amante. Si coteja la dulzura del uno, con la fiereza del otro, claro está que ha de preferir la miel á el azibar, ó al menos procurar mitigar lo amargo con lo dulce. Lo repito amigo; de cualquier modo es triunfo ganado. Vamos, si tu los hubieras oido te habrias estado con la boca abierta como me sucedió á mi. Ginés le iba á contestar cuando V. me llamó porque se pasaba la cena; y al oir la voz de V. mudaron de conversacion.

Ant. ¡Dios mio! ¡Que es lo que sucede! ¡A lo que ha dado lugar la imprudencia de mi marido! Rafaela, ¿es cierto lo que acabas de decirme?

Raf. Si señora; y muy cierto: y si V. me diera palabra de no afligirse, le diria lo que me pasó antes de ayer con la criada de Dª Petronila.

Ant. Dilo, ya estoi resignada á todo.

Raf. Me encontró y me dijo ¿Que tal? ¿Como le va á tu amo con sus zelosías? No sé lo que quieres decirme, le contesté; y ella, dijo: no te hagas la desententida, que demasiado sabrás lo que pasa en casa de

tus amos : yo no estoy allí, y sé que D. Cristoval sigue los pasos á tu señora, y mis amos lo saben tambien. D. Nicolas lo ha contado todo : ¡ poco rieron en la tertulia! Habia dos oficiales que uno de ellos dijo : podemos dar un mal rato á ese majadero : yo me encargo de escribir una carta amorosa, que suponga ser contestacion á otra de su muger, y se la entreguen á el como por equivocacion. Su compañero contestó : mi asistente la puede llevar que es la piel del diablo, y hará bien el papel de asustado, aparentando que no tiene órden de entregarla, sinó á la señora. Mi ama se opuso diciendo que era burla muy pesada, que podia tener mal resultado; y no sé si lo harán ó no. Yo la contesté que D. Nicolas estaria soñando cuando disparataba de ese modo; que mi amo tenia mucha formalidad; que no era capaz de pensar mal de su esposa, y la volví la espalda.

Ant. ¿Con que somos la mofa de las tertulias? A mi marido le está bien empleado; pero no á mi, que soy víctima de sus sinrazones Vete Rafaela, déjame sola un rato; pero no salgas de casa.

Raf. Pobre señora! No se desespere V. Esto

se lo he dicho paraque ponga remedio si puede ser; no para darle pena.

Ant. Rafaela, vete. *(vase.)*
Estoi fuera de mi. ¡Es posible que un hombre de talento como Cristoval haya perdido el juicio hasta tal punto! ¿que medio tomaré? Ninguno. Si le cuento lo que acabo de saber, dirá que yo tengo la culpa; que mis desórdenes han dado margen á que seamos la burla de los malvados. ¡Mis desórdenes! ¡Ay! Solo existen en su imaginacion.

Sale Isidoro.

Isid. Buenos dias mi señora Dª. Antonia.... que es eso? ¿Llora V.?

Ant. No, no señor, es... *(ap.)* yo no sé que le diga.

Isid. V. está llorando por mas que lo quiera disimular. ¿Hay alguna novedad? No veo á Cristoval ¿Le ha sucedido alguna cosa? ¿Tienen Vs. algun apuro? Si es eso, no hay que ocultármelo; soy un buen amigo de V. y....

Ant. No, nada nos sucede.

Isid. Pues no lo comprendo. Cristoval estaba tan triste ayer, que me dió en que pensar. Ahora V. llorando... Vamos seño-

ra, la poca confianza que hacen Vs. de su amigo, es injusta.

Ant. ap. ¡Ay, si llegára y viera que se detiene aquí conmigo sin entrar al despacho!

Isid. Que tiene V. Dª Antoñita? *(agitada.)* Está V. agitada!

Ant. ap. Se habrá ido para sorprenderme: y si me encuentra sola con él, creerá que son justos sus recelos.

Isid. ap. Estoi aturdido ¡Que distraccion!

Ant. Rafaela. No me oye.

Isid. Quiere V. que vaya á llamarla?

Ant. No, si yo... *ap.* y justamente venir mas temprano que otros dias. ¡Que casualidad!

Isid. Pero ¿De que proviene esa inquietud? ¿Y Cristoval?

Ant. Está en el campo. ¡Que temprano ha venido V. esta mañana!

Isid. He de ir á las once á una diligencia que me encargó anoche un amigo; y quiero dejar arregladas primero unas cuentas que me corren mucha prisa: pero si á V. le sabe mal....

Ant. No, señor; V. perdone: yo no he querido decir eso; sino que.... Rafaela.

Isid. Pero de que proviene ese sobresalto? ¿Para que llama V. á la muchacha con

tanta prisa? ¿Tiene V. alguna cosa?

Ant. No, nada tengo. *(ap.)* Donde se habrá metido, estoy en brasas. *(vase Antonia.)*

Isid. Demasiado cierto será que mi amigo está distraido: hace ya mucho tiempo que veo á esta pobre señora tan triste y abatida, que me compadece su situacion. En cuanto venga Cristoval, le hablaré: le estrecharé á que me descubra el secreto de su corazon, que tanto se obstinaba ayer en ocultarme; y despues que...

Sale Antonia siempre sobresaltada.

Ant. ¡Hay amigo, estoi perdida! V. me tendrá por una muger desatenta y grosera; pero V. no querrá empeorar la suerte de una desgraciada. Váyase V., se lo suplico por lo mas sagrado.

Isid. Yo no sé si estoi soñando. Pues señora ¿en que puedo yo perjudicar á V.? ¿Que viene á ser esto? Sáqueme V. por Dios de tantas confusiones.

Antonia mirando á la puerta, siempre agitada y mas inquieta.

Ant. ap. No viene. ¡Que vileza! ¡Desobedecerme...!

Isid. Pero señora, V. está fuera de sí.

Ant. Yo... Soy víctima de las injustas sospechas de mi marido.

Isid. Como !

Ant. Se ha ido al campo sin decirme nada ; y será para venir á sorprenderme. Si me encuentra sola con V. soi perdida. La criada se ha marchado sin mi licencia, pues no la he podido encontrar en toda la casa : y si viene Cristoval dará un escándalo : está ciego.

Isid. Señora, me deja V. atónito. Cristoval duda de la virtud de V., y me cree su rival ¡ Injusto amigo ! Despues de haberle dado tantas pruebas de mi cariño ; un hombre que debia estar penetrado de la sinceridad de mi corazon, me tiene por tan inmoral que atropelle las leyes mas sagradas ; es preciso que haya perdido el juicio.

Ant. Por Dios no se detenga V. que si llegára á venir, mi sobresalto le haria creer que era culpable.

Isid. Disimule V., señora. En viniendo Cristoval me despediré de él y de V. para siempre ; pero ahora no me voy. Tranquilízese V... Si viene, yo le contestaré á lo que me diga, y le haré avergonzarse de su sinrazon.

Ant. No bastan reflexiones para su frenesí. Y ya que V. dice que tomará el medio de

dejar esta casa donde tan injustamente se le calumnia, yo lo sentiré por una parte; pero por otra si consigo la paz que antes disfrutaba, le agradeceré á V. en el alma esa prudente resolncion: pero jamás nos aborrezca V. Acuérdese de que Cristoval le ha querido siempre, y yo... siento que se vaya al mismo tiempo que se lo suplico.

Isid. V. siente que me vaya...?

Ant. Sí, señor: yo amaba á Cristoval con toda mi alma; y V. ha ocupado eu mi corazon el lugar de un amigo suyo.

Isid. V. le amaba. ¿Luego ya no le ama, ni yo le merezco la estimacion que antes?

Ant. Él me ha obligado á que le aborrezca: pero V. en nada me ha ofendido; al contrario, cuando ignorando la causa de mi melancolía, me ha visto V. pesarosa y sumergida en una profunda tristeza, he leido en sus ojos la compasion que le causaba mi pena. ¡Ah! en todo me es contrario el destino. Si fuese otro el objeto de los zelos de mi esposo, V. con el ascendiente que siempre ha tenido sobre su corazon, y con la bondad y prudencia que le caracterizan, le habria reconvenido, y acaso hubiera logrado desterrar de su ima-

ginacion esa injusta desconfianza: pero nada puede hacer en favor mio.

Isid. Nada! ¡Y siendo yo la causa de vuestras amarguras!... Veré á Cristoval, y las verdades que oirá de mi boca lo confundirán: le haré ver que sus dementes zelos pudieran arrastrarle á un espantoso precipicio; que su amigo ó mas bien su hermano, jamás ha pensado agraviarle en lo mas mínimo; y que á pesar mio es causa de que se engendre en mi pecho una inclinacion que pudiera ser funesta para entrambos.

Ant. Que acaba V. de pronunciar!

Isid. Perdóneme V. señora; conozco que me he escedido: pero me acaloré, y no supe lo que me decia: mas ya que involuntariamente acabo de descubriros un secreto que nunca hubiera salido de mi pecho, sabed que os miré como amiga, como la esposa de Cristoval todo el tiempo que fuisteis feliz, sin duda. Cuando empezé á veros triste y melancólica, mi sensible corazon no pudo menos de compadecerse y discurrir cual podia ser la causa de vuestro disgusto. Viendo que cada dia se aumenta mas vuestro abatimiento, crece tambien el interés que me inspirais; y si continuara

en vuestra casa, nunca cometería la bajeza de ser infiel á mi amigo: nunca tratára de seduciros; pero tal vez me haria infeliz con el tiempo.

Ant. ¡Horrorosa declaracion! ¡Ah! yo os suplico en nombre del cielo que no pronuncieis delante de mi esposo semejantes espresiones: era preciso que á uno de los dos costáran la vida; callad por Dios, no venga, y....

Isid. No, señora; Cristoval no desconocerá la razon hasta ese punto. Si él no os hubiese oprimido, no me hubiera llamado la atencion vuestra tristeza. Si hay alguno culpable, es el, no yo, que en cualquier caso sabria sacrificar hasta mi propia vida, antes que faltar á mi deber.

Ant. Sea como fuere, nada debeis decirle; y yo me hago culpable en escucharos. Mi marido puede venir, y....

Isid. Repito que me perdoneis: me voy. Cuando Cristoval esté aquí, vendré y nos despediremos para siempre.

La mira con ternura, hace una cortesía y se va.

Ant. ¡Dios mio, como está mi cabeza! Yo debí haber reconvenido agriamente á Isi-

doro por su imprudente discurso, y no lo he hecho: sin duda porque ya no me es tan indiferente como antes ¡Ah! Desde que mi marido me maltrata y me priva de sus caricias, hay en mi corazon un vacío.... jamás faltaré al decoro que me debo á mi misma; pero me siento con menos fuerzas....

Sale Rafaela.

Raf. Señora, ya he traido la leche ¿quiere V. que haga el almuerzo?

Ant. ¿No te mandé yo que no fueses por ella?

Raf. Si, señora; pero yo he ido por aprovechar el tiempo.

Ant. Es una escusa bien necia. Tu debes hacer lo que yo te mande y no lo que te se antoje. Cuando yo te dije que no salieras de casa, era porque así me convenia: y si otra vez te sucede, no respondo de lo que haré. No quiero tener en mi casa una muger que no me obedezca.

Raf. Pues si es eso... otra vez me despedirá V. ¿no es verdad?

Ant. ¿Que modo de contestar es ese?

Raf. Si V. no puede aunque quiera.

Ant. No me seas insolente.

Raf. Quiero serlo. Si V. me habla alto ¿por-

que tengo yo de bajar la voz? Despues que acabo de hacerle á V. un servicio en contarle lo que pasa con Ginés, ahora me viene V. riñendo: ¡no faltaba mas!

Ant. Yo creí que lo hacías por afecto á tu señora; pero ya veo que no me tienes ninguno; y que si me has descubierto una cosa que ignoraba ha sido efecto de tu bachillería.

Raf. No me trate V. de bachillera, señora; porque si me apura V. un poco, iré y le diré al amo....

Ant. Que le dirás?

Raf. Cualquier embuste; y estoi bien segura de que me creerá mas bien que á V.

Ant. Esto ya no se puede sufrir. Estoi resuelta á todo. Vete de mi casa ahora mismo.

Raf. Qne si quieres.

Ant. Te irás; yo lo mando.

Raf. Lo verémos en viniendo mi amo. *(vase.)*

Ant. ¡Que imprudente es la persona que hace confianza de un criado, y mas en cosas tan delicadas! El empeorar mi suerte está á discrecion de mis domésticos: de dos entes sin moral ni educacion ¿Y en tan despreciables sugetos ha depositado mi

marido mi honor y el suyo! Ellos nos deshonran, me pierden el respeto, y..... ¡Que constancia y amor se necesita para no aborrecer á un hombre que procede tan sin cordura! Yo creo que estas virtudes existen mas bien en la mente de los escritores que en los corazones humanos.

Vase y á poco sale Cristoval de su escritorio.

Crist. Se han ido. ¡Estoi pasmado! Dos veces he querido salir; pero pude contenerme y oir hasta el fin el cúmulo de males que yo mismo me he buscado. Mi muger era virtuosa; me amaba; yo hubiera sido feliz toda mi vida, y los celos vinieron á turbar la paz que disfrutábamos ¡Oh funesta pasion! ¡Que papel tan ridículo representaré ahora en la sociedad! ¡Mis indignos criados!.. Ah! Yo debí mirar antes en quien depositaba mi confianza. ¡Antonia! Ella es inocente; yo he sido su tirano: ella me odia con motivo y á nadie puedo culpar: su alma es demasiado sensible para poder vivir sin amar. ¡Si pudiera cortar el principio!... Si aun me conserva algun afecto!... Ayer cuando me mostré afable con ella, me trató con una dulzura que me hace no desesperar y...

Sale Rafaela.

Raf. Señor, que pronto ha venido V.

Crist. ap. Haré por contenerme. *(á ella.)* Sí, me he vuelto desde la mitad del camino.

Raf. Ya entiendo por lo que lo habrá V. hecho. Yo me hubiera alegrado que V. llegase antes, porque presenciára cierta cosa.

Crist. Que ha habido?

Raf. Yo no quisiera darle á V. un disgusto; pero es preciso que lo sepa.

Crist. Acaba.

Raf. Así que yo vine de llevar la carta que V. me dió, llegó D. Isidoro. La señora me dijo qne me fuera á la plaza por quedarse sola con él; y yo cumpliendo con lo que V. me tiene dicho de que no la pierda de vista cuando no haya en casa mas que ellos dos, no quise irme; y por esto me ha despedido. D. Isidoro me ofreció un regalo si hacía lo que me mandaba la señora, y nada le decia á V.; y no he querido aceptarlo. Me hicieron salir de esta pieza; pero yo los he acechado por detras de aquellas cortinas: y si no me diera verguenza le diria á V. lo que he visto.

Crist. ap. Ya no puedo reprimir la cólera.

(á ella.) No tengas cortedad; estamos solos.

Raf. Pues bien, ya que V. lo exige. Ví que se abrazaron y...

Crist. Calla muger impostora y perversa: *(este* calla *debe ser con un grito que haga estremecer á Rafaela.)* si tu sexo no te librase ahora de mi furor, moririas á mis manos: no disfames á tu señora, porque yo haré que tu castigo sirva de escarmiento á las lenguas viles que con tan poco reparo deshonran y comprometen la tranquilidad de las familias.

Raf. ¡Pero... no me habia V. dicho... que!..

Crist. Yo quise probar la fidelidad de V., fingiendo tener zelos de mi esposa, pero estoi seguro de su virtud. Ya he visto que V. es una muger indecente y malvada; y aunque fuese V. buena saldria inmediatamente de aquí. La señora es tan dueña como yo de su casa, y puede arrojar de ella con ignominia á los criados insolentes que le pierdan el respeto desobedeciendo sus mandatos. Vaya V. que su ama le ajuste la cuenta; recoja V. su ropa y márchese pronto: y cuidado; porque si sé que pone V. en boca á mi esposa ó á mi, haré que la pudran en una reclusion.

Raf. Señor, yo no....

Crist. Quítese V. de mi vista: pronto.

Raf. ap. Vamos este hombre será loco! si esto no viene bien con lo que antes me decia! lo cierto es que para la primera vez que le he ido con un chisme no he tenido muy buen recibimiento. *(vase.)*

Crist. Que deseugaño! Si yo no hubiera oido y visto lo que ha pasado, esta perversa muger me habria hecho creer sin dificultad cuanto me ha dicho. Yo quisiera que todos los zelosos supieran este lance para evitarles el ser engañados.

Sale Alejandro.

Alej. Ola! ¿aquí estás tu? Yo te hacia en el campo.

Crist. No amigo; en lugar de ir, me oculté aquí en este escritorio: he oido, he visto lo que pasa, y he salido de mi error; pero no sé si llegaré á tiempo de remediar el daño. Antonia me amaba, pero ya me odia segun he oido de su propia boca; su corazon se inclina á Isidoro, aunque protesta que jamas hará cosa contra su decoro.

Alej. No te aflijas querido primo, y responde á lo que yo te preguntaré ¿Conoces tu que el odio que Antonia te profesa lo has me-

recido por el rigor con qne la has tratado?

Crist. Sí: lo he merecido.

Alej, ¿Y conoces tambien que la inclinacion que empieza á tener á Isidoro, no es efecto de un corazon corrompido, sino de su sensibilidad que no puede mirar con indiferencia á quien se interesa en sus penas?

Crist. Si: tambien lo conozco.

Alej. Pues bien: yo te daré nn consejo; y si te resuelves á seguirlo, serás feliz. Tu esposa te amaba, y ese odio que al parecer te profesa, no es á tí, sinó á tus injustas manías; olvídalas para siempre, y en lugar de atormentarla, procura complacerla; pon todo tu esmero en hacer que sea dichosa; sé con ella afable, cariñoso, y vive seguro de que Antonia hará lo mismo contigo. Ya sabes aquel axioma de si quieres ser amado ama. Todo no se ha de esperar de la obligacion conyugal; es preciso que obre el amor; la fidelidad y obediencia que debe una muger á su marido es muy sagrada; pero tambien es necesario que él no se haga indigno de una y otra, abusando de su autoridad. Tu muger es buena, amigo; ya te lo he dicho mil veces; y mira que si no eres cuerdo, pudiera ser que llegases á volverla mala.

No seas majadero, vete á tu quinta, llévate á tu esposa, sepárala para siempre de Isidoro, porque si permanecieran viéndose y tratándose, es imposible que tu te tranquilizáras: no tranquilizándote, la incomodarias; y ostigada, no se yo si ese cariño que está ahora en su orígen llegaria á fomentarse en términos que pudiera traer malas consecuencias. Si haces lo que te digo, nada debes temer; pero sinó, no respondo de lo que podrá sucederte.

Crist. En todo seguiré tus consejos: conozco que tienes razon.

Alej. Isidoro ha ido á buscarme: me ha contado lo ocurrido, y dice que yo arregle la cosa de modo que no se perjudiquen tus intereses: que él no volverá jamás á visitarte; pero que te ama: que sus caudales los girará con los tuyos; que manejará unos y otros lo mismo que hasta aquí, y que siempre será tu amigo y tu hermano; que en la casa donde se establezca, vayas á verle siempre que quieras.

Crist. ¡Que compromiso! ¡Un amigo tan bueno! y haber de separarnos!

Alej. Yo soy de su mismo parecer. Vete con tu esposa: te lo repito.

Crist. Ya lo haré: pero lo que no podré evi-

tar es la crítica de las gentes: yo he sido débil con mis criados; les mandé velar sobre la conducta de mi muger, y sé que lo divulgan; y que en algunas tertulias....

Alej. Eso es de cajon: para confiar una cosa así á un criado, es preciso estar demente. En fin te criticarán unos cuantos dias, y despues no se volverán á acordar de tí, ni de tus zelos.

Crist. Ginés está en la quinta esperándome: es preciso que tu lo embies á buscar, y que en lugar de venir á esta casa vaya á la tuya: despídelo en nombre mio, porque si se me presenta lo mato: la criada ya está fuera.

Alej. Ahora mismo desempeñaré tu encargo. Tu esposa viene, yo me retiro. Hasta luego.

Vase y sale Antonia.

Ant. Querido Cristoval ¿porque te has ido sin avisarme? He despedido á Rafaela porque no quiso obedecerme, y ahora ha ido cabizbaja y triste á pedirme la cuenta: la he preguntado que si habias venido y me ha dicho que sí; de lo que infiero que tu has aprobado mi determinacion: yo te lo agradezco en el alma: esto prueba que ya

no estás enojado conmigo. Te quiero pedir otra gracia.

Crist. Dí.

Ant. He sabido cosas de Ginés por las que debes despedirle: yo te enteraré de todo y verás como tengo razon para reconvenirte. Ya somos el blanco de...

Crist. Todo lo sé. Ginés no volverá mas á pisar estos umbrales.

Ant. ¡Como!

Crist. Despues lo sabrás. Ahora quiero hacerte una proposicion.

Ant. Dí.

Crist. Ya ves cuantas amarguras te acarrean mis zelos: yo no vivo tranquilo, y he pensado que nos váyamos á la quinta á ver si puedo desterrar de mi imaginacion esa idea...

Ant. Vámonos: oy mismo.

Crist. ¿Y estarás contenta en aquel desierto sin mas compañía que la de Cristoval, y la de los simples labradores?

Ant. Sí: con tal que no me atormentes, en donde tu quieras estaré contenta.

Crist. Lejos de atormentarte, no aspiraré mas que á deshacer, á fuerza de finezas y ternura, el aborrecimiento que me tienes.

Ant. ¡Ay! Si fuera cierto yo me tendria por

dichosa; pero ayer me trataste con cariño, y no duró mas que momentos la serenidad.

Crist. Hay mucha diferencia de ayer á hoy, querida Antonia.

Ant. Esplícate. *ap.* El aprobar lo que yo he hecho, despedir al criado, esa melancolía y dulzura en lugar de aquel ceño airado que me hacía estremecer; yo no sé que pensar. *(á él.)* Dime Cristoval ¿que feliz mudanza es esa?

Crist. Nada me preguntes por ahora: cuando esté mas tranquilo hablarémos de eso. Lo que quiero saber es, si cesando desde hoy de molestarte, me volverás á amar del mismo modo que antes.

Ant. Sí, yo te lo prometo, te lo juro.

Crist. Pues bien, volverémos á disfrutar de aquellos dias felices en que tanto temíamos disgustarnos uno á otro. Antonia: ¡esposa mia! ya se acabaron los zelos, no mas sospechas injuriosas, no mas delirios, yo te amo; sí, te amo con toda mi alma; ya estoi desengañado: y el hado que no siempre es contrario ha hecho que recobre mi juicio perdido.

Ant. ¡Si estaré soñando! Yo no sé si crea lo que oigo. ¿Mi querido Cristoval, tu lloras?

Crist. Sí, de alegría. Yo no esperaba que tu me volvieses á querer, y veo enagenado que me equivoqué.

Ant. Ya empiezo á creer que vá de veras. Dios mio! ¡Cuan dulce es para mi este momento! Si cumples lo que acabas de ofrecerme, no habrá dicha que esceda á la nuestra: yo olvido cuanto he sufrido, y soy la muger mas venturosa.

Crist. Ven prenda de mis entrañas, estréchate en mi corazon. *(La abraza tiernamente.)*

Ant. ¡Cristoval mio! En este instante tan dichoso para mi, recobras en mi voluntad lo que habias perdido en tanto tiempo: haz por conservarlo en adelante.

Salen Alejandro y Joaquina.

Alej. ¡Que tal querido primo! ¿harás lo que te dije?

Crist. Sí, hoy mismo nos vamos.

Alej. Muy bien.

Ant. Mi querida prima; si Cristoval no me engaña, ya se han acabado mis pesares.

Alej. No la engaña á V. señorita, esté V. tranquila.

Joaq. Que sea en hora buena, amiga mia;

por fin ahora te veré siempre alegre.

Alej. Joaquina, si quieres puedes irte unos dias al campo y acompañar á tu primita.

Joaq. ¿Vendrás tu?

Alej. No puede ser de ningun modo.

Joaq. Pues iré: pero me vendré mañana, porque aunque en la compañía de mis primos esté gustosa, no sé vivir sino estoi á tu lado.

Alej. ¿Oye V. eso, Sr. D. Cristoval? Pero te veo conmovido, piensa solo en ser feliz. Por ahora, entre Isidoro y yo arreglarémos las cuentas; se llevará los papeles y todo lo necesario á su casa, donde él continuará trabajando.

Crist. Será un trastorno grande; vale mas que se quede en esta.

Alej. Pues bien: le diré que se traiga á su hermana; y yo te proporcionaré habitacion para cuando te canses del campo, y sinó vendrás á casa.

Crist. !Cuanto te debo amigo!

Alej. Idos los tres, y distraeros. Mañana á la tarde nos verémos, y mi querida Joaquina se vendrá conmigo. Cristoval no olvides los consejos que te he dado; guárdate de volver á dar cabida á esa pasion destructora, azote de la espècie huma-

na: ella hace desgraciados á un sin número de matrimonios, y tu has estado al borde del precipicio ¡Cuidado te repito con ser débil! que si ahora una felicísima casualidad te ha desengañado tan á tiempo, quizá en otra ocasion no te sería la suerte tan favorable.

FIN.

Comedias originales de la misma Autora.

El Enamoradizo, en tres actos y en prosa.
La Tonta, en un acto y en verso.
El Marido de dos Mugeres, en tres actos y en prosa.
La Defensa de Coquetas, en un actó y en verso.
Querer y no querer, en cinco actos y en verso.
Una noche de tertulia, en tres actos y en prosa.

Esta comedia es de nueva invencion. Concluye enteramente en cada acto, de modo que se puede representar cada uno separado; el primero y segundo sin el tercero, y el segundo y tercero sin el primero; y los tres unidos forman una sola pieza, guardando las tres unidades de accion, tiempo y lugar.

Se hallarán de venta en las librerías siguientes:

Barcelona, en la de Sierra, y en la de Oliva.
Gerona, Oliva.
Valencia, Gimeno.
Murcia, Ferrés.
Cádiz, Lozano.
Valladolid, Rodriguez.
Zaragoza, Jauregui.
Madrid, en la tienda de Roca y Guiol, calle del Gato, n. 17.

